

La otra, mezquina en su concepto y menguada en sus obras, no da más resultado que engañarse á sí mismo miserablemente, como se engañaba el apóstol San Pedro creyendo que en la visión del Tabor consistía la bienaventuranza final y exclamaba satisfecho: *Bonum est nos hic esse*.<sup>1</sup> «No sabía lo que decía», observa el evangelista, deslumbrado y absorto por aquel mar de luz y de belleza de la sagrada humanidad. Oigamos dócilmente á Aquel á quien el Padre nos manda escuchar y creer, y no nos equivocaremos en punto de tamaña trascendencia como es *la religiosidad*.

#### CUARTA CONFERENCIA.

### La Religión y la Sociedad.

Omnes autem vos fratres estis. . . . Unus est Pater vester qui in caelis est.  
Matth. 23, 8 9.

1. Imposible parece, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, que haya hombres que blasfemen de la religión, y más en el seno de las sociedades cristianas, de estas sociedades que todo se lo deben á ella, civilización, leyes y costumbres. ¿Á qué causas puede atribuirse este hecho inconcebible y sin embargo demasiado real? Sea la primera la ignorancia, pudiéndose aplicar á este propósito lo que afirma el apóstol San Judas: *Hi quidem quod ignorant, blasphemant*—«Estos desgraciados blasfeman de lo que no conocen.»<sup>2</sup> ¿Cómo han de conocer lo que se obstinan en no ver ni saber? Odian por mera preocupación lo que, si conocieran, no podrían menos de amar y respetar. No así aquellos que, felizmente, llegan algún día á deponer su ignorancia junto con sus odios sectarios. La religión, por muy amable que sea para quien

<sup>1</sup> Marc. 9, 4.

<sup>2</sup> Iudae 10.

la practica, es un freno y un yugo para las pasiones criminales, y esta clase de hombres que la insultan son, como advierte el mismo apóstol, de aquellos que «manchan su carne en tanto que desprecian toda autoridad y blasfeman de la majestad»<sup>1</sup>. Nada extraño, pues, que miren de reojo y lancen injurias contra la religión. ¡Oh, si arrojada la venda de sus ojos reflexionaran alguna vez sobre lo que es y lo que vale ese tesoro del cielo!

Pero no es todo ignorancia, también entra por mucho la perversidad, la mala fe. Hay muchos que confunden, obcecados voluntariamente, la falsa religiosidad con la buena y verdadera, y abusando de la confusión, se deshacen en injurias, burlas é improperios contra la religión misma, cuando debieran lanzarlos contra la religiosidad falsificada y contrahecha. Fórjanse un fantasma de religión para convertirlo en blanco de sus tiros, y, desgraciadamente, engañan á muchos ignorantes é ilusos, mientras escandalizan y contristan á las almas buenas. «Dejadlos», decía el Salvador, «ciegos son, y guías de otros ciegos.»<sup>2</sup> ¿Podremos impedir que haya escándalos en el mundo?<sup>3</sup> No, ciertamente. Apliquémonos más bien á robustecer nuestro espíritu con la sana doctrina, y bendigamos al que nos hizo ver la luz<sup>4</sup>.

2. Hemos visto la necesidad de ese elemento divino en la vida individual, sin cuyo concurso el hombre sería un ser desgraciado, pues estaría divorciado de Dios, rota la cadena de amor que une con su Criador á la criatura. Dando un paso más, discurriremos hoy, hermanos míos, sobre la necesidad de la religión en la vida social, ya doméstica, ya civil, apoyándonos en la naturaleza misma de la sociedad y fijando luego la mirada sobre la familia y la sociedad sin religión. Tales son los dos puntos que abrazará la presente conferencia. Plegue al Señor asistirnos con sus luces.

<sup>1</sup> Ibid. 8.

<sup>2</sup> Matth. 15, 14.

<sup>3</sup> Lúe. 17, 1.

<sup>4</sup> 1 Petr. 2, 9.

## I.

3. Ante todo, ¿qué es la sociedad humana, hablando en general? ¿Es por ventura algo substancialmente distinto del hombre, ó es el hombre mismo colectivamente considerado, ó, mejor dicho, viviendo en comunidad con sus semejantes? Pues si así es, afirmo que tan necesaria es la religión para la sociedad como para el individuo. En efecto, hemos deducido la necesidad de la religión de la naturaleza misma del hombre, necesidad que arranca de la tendencia de todas las facultades del ser inteligente y libre á unirse con Dios, Ser infinito, para conseguir su perfección. Ahora bien, la sociedad ó la vida social no altera en nada la naturaleza de esas tendencias ó facultades por las cuales el hombre se eleva al conocimiento y al amor del sumo Bien; luego tan religioso debe ser dentro como fuera de la sociedad, en el seno de la familia y en medio de la ciudad como en el retiro íntimo del propio corazón. Solo ó en consorcio de sus semejantes, el hombre tiene necesidad de Dios, y esta necesidad no debe, no puede ocultarla. Su culto, pues, debe ser público, lo mismo que privado, ora individual, ora social. ¿Por qué habría de ocultar á la vista de sus iguales lo que practica en secreto? ¿qué razón habría para proceder de ese modo? ¿acaso porque la sociedad le estorba la práctica de sus deberes religiosos? Pero esto no es verdad ni puede serlo. Al contrario. Nada más natural que el que seres de una misma especie, que sienten todos una misma necesidad moral, que están ligados por una misma ley, se reúnan para darle cumplimiento, para elevar al unísono sus voces de alabanza al Criador, para formar el gran concierto de la religión de la humanidad. ¿Acaso no se reúnen para llenar otros fines menos importantes de la vida humana? ¿Si la asociación de fuerzas es tan natural, tan necesaria al hombre, como vemos y palpamos, para

el desarrollo de la industria y del comercio, de la ciencia y del arte, no lo será también para el ejercicio de la religión y la práctica de la moral? Locura sería negar los hechos que están á nuestra vista, la existencia de asociaciones religiosas, lo mismo que de sociedades de cualquier otra especie, subordinadas todas al fin general de la humana sociedad. De la existencia de esas sociedades religiosas particulares infiero la necesidad de la sociedad religiosa universal. Lo que es posible y real en pequeño, ¿no lo ha de ser en grande escala?

4. Sí, carísimos hermanos, la sociedad, así doméstica como civil, debe ser religiosa, porque sin este elemento luchará en vano por alcanzar la felicidad á que aspira. Me objetaréis tal vez que no siendo la sociedad, como tal, un ser destinado á la inmortalidad, pues su condición la restringe á los límites del tiempo y del espacio, tampoco necesita de la unión con Dios, como el individuo, para obtener su perfección definitiva. Verdad es que la sociedad, entidad puramente moral, no es capaz de aquella unión perfectísima con el sumo Bien que se consuma fuera de los lindes de lo temporal y caduco; eso no obstante, ella también, como institución humana, subordinada á la consecución del fin último, debe unirse con Dios en el tiempo, mediante los actos propios de la vida presente, como son el reconocimiento y el amor. No importa que su fin directo y próximo sea la prosperidad de la vida temporal y no la bienandanza eterna: de todas maneras, lo temporal debe subordinarse á lo eterno, lo material á lo espiritual, lo útil á lo honesto, so pena de trastornar el orden esencial de las cosas. Dios, y solo Él, es el fin último y la bienaventuranza del hombre; todo lo que al hombre atañe, y aun lo que con él se relaciona, debe encaminarse á ese fin; la sociedad temporal, la nación y la familia, no son más que etapas del camino para arribar á aquella suprema felicidad de ultratumba; luego

no pueden prescindir de Dios, luego no pueden sustraerse al deber de enlazarse á Él por medio de la religión. ¡Cuán monstruosa y absurda no parece una sociedad irreligiosa, esto es, prácticamente atea, una sociedad sin Dios! Es nada menos que una sociedad que se erige ella misma en Dios, pues soñándose absoluta y autónoma, dueña de sí misma, entregada exclusivamente á la consecución de la felicidad en el tiempo, como si otra no existiese para el hombre, se constituye en bien absoluto, infinito, es decir, se diviniza. Y ¿podría en este caso llenar los fines de su institución? ¿podría ser grande, próspera y feliz? Así se lo imaginan los ilusos adoradores de sí mismos, los sectarios de la moderna antropolatría, así también se lo debió de figurar Lucifer cuando intentó sentarse al lado de la divinidad sobre un trono de estrellas; mas ¿cuál fué el resultado? El que tienen todas las locas pretensiones del orgullo: el abatimiento, la pérdida total del bien á que estaba destinado, si hubiese respetado el orden. La sociedad que gira fuera de sus quicios, la sociedad desordenada, por más brillo que ostente á lo exterior, no puede ser feliz. Más tarde ó más temprano palidecerá ese brillo postizo, se derrumbará bajo el peso de su propia corrupción.

5. Insistamos algo más en este punto. De que la sociedad humana — no hablo de la sobrenatural, la Iglesia — no tenga por blanco el bien eterno sino el temporal del hombre, no se infiere legítimamente que no deba tener cuentas con la religión, que deba obrar como si Dios no existiese. ¿Sabéis por qué? Porque el bien temporal del hombre no es sólo el bien físico, sino también el intelectual y moral, y éste principalmente como el más propio del hombre racional. Por eso la sociedad que comprende toda la extensión de sus deberes, no se contenta con promover lo que llaman progreso material, comodidades para la vida, placeres de los sentidos; antes bien procura la

ilustración de las inteligencias, el cultivo de las buenas costumbres, la moralidad pública y privada, de donde resultan el honor, la tranquilidad y el bienestar general. Y ¿podrá existir moralidad sin religión? ¿qué clase de moralidad sería ésta? Demasiado lo sabemos hasta por la experiencia, una moralidad externa, como la que puede lograr la vigilancia de la policía, una moralidad de conveniencia, apenas superior á la higiene, una moralidad sin base estable y firme, elástica y acomodaticia. Y ¿podrá haber instrucción sólida sin la idea religiosa? ¿qué ciencia puede darse sin la noción del *Dios de las ciencias*?<sup>1</sup> ¡Vano empeño el de eliminar á Dios del entendimiento y de la conciencia humana! La ciencia atea, ó llámese laica, será siempre insubstancial, y la moral sin Dios, una moral deficiente y absurda. Está visto, pues, que la sociedad, si ha de cumplir con su misión, no puede sustraerse al deber religioso.

6. Á esta misma conclusión llegaríamos, y quizás más fácilmente discurriendo de la siguiente manera, como suelen hacerlo los filósofos moralistas cuando tratan de demostrar la necesidad del culto social. La sociedad debe su origen á Dios, como autor de la naturaleza. Ésta es una verdad incontestable para todo el que admite un Dios creador y ordenador. Debe, pues, reconocerlo así, como toda criatura racional, y rendirle vasallaje, ó sea, culto religioso. Y ahondando más en esta consideración veríamos que de Dios ha recibido y tiene la sociedad los elementos de que consta esencialmente, la multitud y la unidad, la materia y la forma, la masa social y la autoridad, sin los cuales la sociedad no se concibe, como es evidente y de sentido común. Luego á Dios debe retornar la sociedad estos dones en forma de adoración y acción de gracias. Debe además reconocer la Providencia que vela sobre las naciones como sobre los individuos, las colma de

<sup>1</sup> 1 Reg. 2, 3.

bienes, las defiende y ampara de sus enemigos, las dirige á su fin y perfección por caminos ocultos, pero siempre derechos. Sólo una sociedad atea rehusará reconocer y adorar la mano de la Providencia. Y ¿no sería una odiosa ingratitud no hacerlo así? ¿cómo puede justificarse ante el tribunal de la recta razón una sociedad irreligiosa? ¿no son frívolos y vanos los argumentos que alega para defender su impiedad? Paréceme, hermanos carísimos, que la causa de la impiedad social está perdida. Y sin embargo cuenta con muchos partidarios. Tal es la confusión de ideas que ha sembrado el filosofismo.

7. Oigamos la voz de la revelación que nos habla el mismo lenguaje de la razón, pero más claro y con la autoridad de la razón divina. Dios que ha creado al hombre en el paraíso ha creado la familia, fundando el matrimonio en la división de los sexos<sup>1</sup>. Él ha dado á esta familia el carácter de sociedad estable para el bien de la prole, y el hombre no tiene el poder de romper la unión formada por la mano de Dios<sup>2</sup>. Él es quien ha comunicado al tronco de la humanidad y á todos los que se formaren después del primero, el don precioso de la fecundidad: *Crescite et multiplicamini*<sup>3</sup>; y al decir en seguida: *Replete terram*, ha significado que de la sociedad doméstica saldría la sociedad civil por la multiplicación indefinida de las familias que llegarían á cubrir la tierra. Con razón, pues, cantó con celeste inspiración el real Profeta: «Del Señor es la tierra y toda su plenitud, el orbe de las tierras y todos cuantos en él habitan.»<sup>4</sup> Y aquel Dios que formó las multitudes y las esparció por la superficie del globo, cuando la dispersión de las tribus, no quiso que vagaran descarriadas como rebaños sin pastor, sino que les dió jefes que las gobernasen, inspirándoles á

<sup>1</sup> Matth. 19, 4.

<sup>2</sup> Ibid. 6.

<sup>3</sup> Gen. 1, 28.

<sup>4</sup> Ps. 23, 1.

unos el instinto de la legislación, á otros el de la sumisión á las leyes. De otra suerte, ¿qué habría sido del linaje humano? ¿habría podido sobrevivir al choque feroz de las pasiones brutales? Por eso, aunque de un modo natural, providencialmente proveyó Dios á las muchedumbres de medios de conservación y desarrollo en el seno de la sociedad organizada. Los príncipes ó jefes de los pueblos son, según la doctrina de San Pablo, ministros de Dios para el bien de sus súbditos, y, al cumplir con sus deberes de administrar justicia, no hacen más que servir al mismo Dios<sup>1</sup>. Todo ciudadano debe estar sometido á las potestades más elevadas, porque no hay potestad que no venga de Dios y las que existen, por Dios son ordenadas. Luego el que resiste al poder supremo, resiste á la ordenación divina, y se adquiere la condenación. Es, por tanto, una obligación de conciencia obedecer á la autoridad y lo mismo pagar los tributos á los administradores de la cosa pública: son deudas que deben pagarse el tributo, el respeto, el honor á quienes por voluntad de Dios les pertenecen. ¿Qué más se necesita para demostrar por las sagradas Letras que Dios es el autor de la humana sociedad? La consecuencia es ineludible: luego la sociedad debe ser religiosa, y, como la sociedad es de carácter público, el culto que tribute á su Criador debe serlo también. Á esto exhortaba David, el rey santo, á las naciones: *Laudate Dominum omnes gentes, laudate eum omnes populi*<sup>2</sup>. . . . *Principes et omnes iudices terræ*<sup>3</sup>— «Príncipes y pueblos, alabad al Señor.» Pero pasemos á la segunda parte.

## II.

8. ¿Qué acontece, hermanos carísimos, en la familia y en la sociedad que desconocen sistemáticamente sus deberes religiosos? Lo que se ha visto siempre, y hoy mismo

<sup>1</sup> Rom. 13, per totum.

<sup>2</sup> Ps. 116, 1.

<sup>3</sup> Ps. 148, 11.

tenemos el dolor de contemplar, abusos arriba y desórdenes abajo. Ni hay dignidad en los padres ni obediencia en los hijos, ni respeto á los mayores ni amor entre los iguales. ¡Cuadro triste que desgarrar el corazón! No hay duda que sin religión práctica la sociedad no solamente caerá en la desgracia sino en el abismo de la perdición. Observemos lo que pasa en el hogar donde la religión no se practica, donde no se oye el nombre santo de Dios sino acaso para blasfemarle. En lugar de ser lo que significa ese dulce nombre, «centro bendito de todas las afecciones», como lo ha llamado un escritor poco sospechoso<sup>1</sup>, reflejo de la casa de Nazaret, como lo considera el buen cristiano, viene á ser una imagen del infierno, cuando menos un desierto para el corazón; porque en vez de padre hay un déspota caprichoso y brutal, quizás un ser degradado por la embriaguez; en lugar de esposa y reina, una esclava infeliz, víctima del capricho ó del desprecio y aun del odio del tirano, y finalmente, en lugar de hijos cariñosos, pobres seres abandonados á sí mismos, muchas veces hambrientos y desnudos, ignorantes y viciosos. Pluguiera á Dios que este cuadro toscamente bosquejado, no fuera más que imaginario. Pero vosotros sabéis bien que es demasiado real en nuestros días. Y su realidad no puede reconocer otra causa, á lo menos principal, sino la ausencia de Dios en la familia. No hay plegaria en común, no hay asistencia á los templos, ni instrucción religiosa, ni temor de Dios, ni respeto á sus ministros. . . . Pues ¿qué ha de suceder? Porque es innegable que, arrojado Dios de la familia, pierde su prestigio sagrado la autoridad paterna, no le queda á la madre otro sentimiento que el que también tienen las fieras para con sus pequeñuelos, sentimiento vulgar, insuficiente para infundir en los hijos la verdadera piedad filial, y á éstos no los ligan con los autores de su

<sup>1</sup> Julio Simón.

existencia más vínculos que la necesidad, la conveniencia ó la costumbre, vínculos que se rompen con la mayor facilidad. De aquí las escenas lamentables de que son teatro esos hogares: la infidelidad de los consortes, la discordia permanente, las riñas escandalosas, la miseria, la desmoralización, el abandono de los hijos, la desobediencia de éstos á sus padres, los disgustos de cada momento entre los hermanos, y después de todo la perdición eterna de esa infortunada familia que, alejada voluntariamente de Dios durante la vida, tendrá que ser, naturalmente, excluída del reino de los cielos, del reino de la justicia y de la bienaventuranza.

9. Para proporcionaros, hermanos míos, un momento de solaz, quiero confirmar todo lo expuesto con respecto á la familia, con una página brillante del insigne orador sagrado de Nuestra Señora de París, el Padre Lacordaire. «Oigamos á nuestro primer padre hablando á su raza en nombre de Dios. *He aquí, dice, el hueso de mis huesos, la carne de mi carne, ésta se llamará varona, porque ha sido sacada del varón; por ella el hombre abandonará á su padre y á su madre y se unirá á su esposa, y serán dos en una misma carne*<sup>1</sup>. Tal es la ley de la familia, de la sociedad y de la civilización, tal el oráculo que arreglará perpetuamente la suerte de la humanidad. Todo legislador que desprecie este mandamiento, no fundará sino la barbarie; todo pueblo que se separe de él, no alcanzará la era de la justicia y de las buenas costumbres. De la constitución de la familia dependerá en todas las edades el progreso ó la decadencia de la sociedad, y la constitución de la familia, firmada por Dios, está escrita en la Carta cuya promulgación acabáis de oír. La mujer no será esclava del hombre, sino hermana suya, *hueso de sus huesos y carne de su carne*. En dondequiera que se la degrade de este

<sup>1</sup> Gen. 2, 23 24.

rango, el hombre mismo quedará degradado y no conocerá los puros goces del verdadero amor. . . . Pero la mujer no será solamente la hermana del hombre, en virtud de la comunidad de origen, será también su esposa. . . . Serán dos y no más, serán dos hasta no ser más que una carne, y como la muerte disuelve la unidad de la carne, sólo la muerte destruirá la unidad del matrimonio, manantial de la vida. . . . Así, alianza fraternal del hombre y la mujer, alianza exclusiva é indisoluble, en que el hombre ejerce sin embargo la principal autoridad, porque de él ha sido tomada su compañera, y porque le ha sido dada por Dios como un *auxilio semejante á él*<sup>1</sup>, tal es la constitución regular de la familia, fuera de la cual no hay más que opresión de la mujer y del niño, debilitación del sentido moral, sustitución del amor por la voluptuosidad, de la adhesión por el egoísmo, y finalmente barbarie ó decadencia. . . .» Hasta aquí el valiente defensor de las ideas cristianas en pleno siglo XIX.

10. Cuán felices serían las familias si se conformasen en un todo con la ordenación divina. Mas ¿cómo han de conformarse si alejaron de su corazón el pensamiento de Dios y de su ley? ¿si viven en olvido habitual de sus deberes religiosos ó sea, en práctico ateísmo? Otro tanto acontece el día de hoy en la sociedad civil, en las naciones que nacieron y crecieron al calor de la fe cristiana y hoy se han vuelto al paganismo, á la incredulidad. La suerte de estos desgraciados pueblos no puede ser más funesta. Para convencernos del paradero final de las naciones que rehusan por sistema profesar y practicar la religión, valga por el mejor razonamiento, el testimonio de algunos célebres corifeos del filosofismo que, por una feliz consecuencia, se expresaron en los términos que vais á oír. El autor de «El espíritu de las leyes»<sup>2</sup> dijo: «Roma se arrui-

<sup>1</sup> Gen. 2, 18.

<sup>2</sup> Montesquieu.

nó tan pronto como empezó á despreciar á los dioses.» De suerte que es preferible una falsa religión como la idolatría, á la falta de toda religión. El corrompido inventor del «Contrato social»<sup>1</sup> no vaciló en escribir: «No puede fundarse un Estado si la religión no le sirve de base.» Más explícito fué el llamado patriarca de la impiedad en el siglo XVIII, el malaventurado Voltaire: «No quisiera yo tener cuentas con un soberano ateo que tuviese interés en degollarme, porque de seguro me degollaría, y, si yo fuese el soberano, no querría tener súbditos ateos á quienes les conviniese envenenarme: tendría que tomar contraveneno todos los días por precaución.» Habla como acostumbra, en estilo burlesco, mas revistiéndose de filosófica gravedad, concluye así: «Es menester que la idea de un Ser supremo, Criador, Gobernador y Remunerador, esté perfectamente grabada en el espíritu de todos, pueblos y reyes», entiéndase, para que la sociedad pueda subsistir. Oíd en fin á un filósofo francés de nuestros días<sup>2</sup>: «Quitad el pensamiento de Dios de en medio de un pueblo, y no queda reunido en cuerpo de nación sino en fuerza del interés ó del temor. La ley civil no es para él sino un contrato desigual donde él da, no recibe. . . . Lo que pomposamente se apellida sentimiento de la fraternidad ó «religión del patriotismo», no es para el pueblo sin Dios más que palabra vacía y sin sentido. Porque allí los ciudadanos no son más que *asociados*, no *hermanos*. Jamás la abnegación y el sacrificio tendrán lugar en un Estado ateo, ni será mirado como indisoluble para el que padece, un lazo social fundado sobre tales bases. . . . Es preciso que el nombre de *patria* despierte ideas religiosas, que las leyes se apoyen, no sobre la balanza de los intereses, sino sobre el eterno ideal de la justicia, etc.» Así habla el buen sentido hasta por la boca de nuestros

<sup>1</sup> J. J. Rousseau.

<sup>2</sup> Julio Simón.

enemigos. Así se impone la verdad á los espíritus desapasionados.

11. Recojamos de la boca misma de los que no sienten con nosotros las preciosas ideas que nos podrán servir para poner en evidencia la verdad que venimos defendiendo. La sociedad atea, ó divorciada de la religión, lleva en su seno gérmenes de muerte que acabarán por disolverla. Tales son el desprestigio de la autoridad y la relajación de los vínculos sociales. Sin la idea de Dios, sin el respeto á su Majestad, públicamente demostrado por la nación en cuerpo, no queda al poder público otra base, otra razón de ser que la conveniencia, la utilidad, ó bien, cuando el poder se extralimita, cuando abusa de su posición, la posesión de la fuerza, el *quia sum fortis* del león de la fábula. Manda y se le obedece por necesidad ó por temor. Y ¿os parecen, hermanos míos, bastante sólidas y duraderas estas bases de la autoridad? y ¿no podrían ser conmovidas y derrocadas por la ola furiosa de la revolución? y ¿no ha sucedido esto ya más de una vez, y no está amenazando volver á suceder? El cataclismo social ¿no está pendiente, como la espada de Damocles, sobre la cabeza de los gobiernos ateos? ¿Cómo se sostiene hoy el orden público, cómo se mantienen en pie las instituciones sino por la fuerza material? y ¿es el derecho el que ejerce primacía hoy en las naciones? ¿no es la fuerza de los cañones, ó más bien, el oro, que todo lo puede?

Y ¿qué pensar del porvenir de unas naciones en que el vínculo social se ha relajado por la incredulidad ó el indiferentismo hasta el extremo de que ya apenas se miran los hombres como hermanos, á pesar de ser hijos de una misma madre, la patria, otro tiempo tan grande y tan amada? Míranse como meros asociados, ¿que digo? como enemigos unos de otros, como víctimas y verdugos, opresores y oprimidos. ¡He aquí en lo que ha venido á parar la decantada fraternidad de la escuela revolucionaria: en

odiarse mutuamente las clases sociales, los ricos y los pobres, los que ocupan las alturas del poder y los que se arrastran por el suelo! ¿Dónde están los hermosos sentimientos de amor patrio, de beneficencia social, de confraternidad entre los miembros de una misma agrupación política? Todo falta necesariamente donde falta la fe en Dios, el culto de la divinidad, el espíritu religioso, donde el Estado hace profesión de ateísmo y con su ejemplo arrastra las generaciones al abismo de la irreligión, si ya no lo hace con leyes positivas de enseñanza atea y decretos contra el culto católico, oprimiendo las conciencias y atropellando los derechos de los ciudadanos.

12. ¿Dónde encontrar el remedio de estos males gravísimos, de esta situación social insostenible, aterradora? ¿Dónde? en ninguna parte sino en la vuelta del individuo y de la sociedad á su principio, al orden, al reconocimiento y á la adoración del Dios á quien, en mala hora, ha vuelto las espaldas. Es preciso apostrofar á las naciones modernas, como el profeta á la antigua Jerusalén: *Hierusalem, Hierusalem, convertere ad Dominum Deum tuum!* El trastorno de la sociedad no puede ser más radical: radical debe ser el remedio. Esperemos, hermanos carísimos, en la misericordia de Dios que hizo sanables á las naciones<sup>1</sup>.

## QUINTA CONFERENCIA.

### El Dogma.

Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis.

Io. 12, 36.

1. ¡Qué contrasentido, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, oponer á la luz del cielo las luces de la tierra, á la luz increada las luces menguadas de la humana razón! Pero ¿qué es lo que digo? ¿por ventura puede

<sup>1</sup> Sap. 1, 14.